

Los Pensadores: educación en hábitos y contenidos (1922-1924)

Florencia Paine Ubertalli Steinberg
(UBA-UNPaz-Biblioteca Nacional)

Resumen

En este artículo se analiza la publicación periódica *Los Pensadores* editada entre 1922 y 1924 por la editorial Claridad. Se esbozan algunas hipótesis respecto a los objetivos estratégicos de la propia publicación en materia de educación de los sectores populares: no solo reponer determinados contenidos culturales que les han sido expropiados, sino también instalar la lectura de libros, en tanto portadores de un mayor status social. Con esta perspectiva, se analizan los títulos de la colección, identificando en la selección de los textos algunas líneas ideológicas características de la publicación.

Palabras Claves

Sectores populares; educación; hábito; status; lectura.

Los Pensadores: contents and habits education (1922-1924)

Abstract

This article analyzes the periodical publication *Los Pensadores*, issued by the publishing house “Claridad” between 1922 and 1924 and formulates some hypothesis regarding its strategic objectives. These objectives were related to the education of the popular sectors of society and encompassed the reinstatement of cultural contents to these neglected sectors and the development of the habit of reading as a means of increasing social status. Some titles of the collection are analyzed under this perspective, identifying the selection with the publication’s ideology.

Keywords

Popular sectors; education; habit; status; reading.

Introducción

Los Pensadores fue una publicación periódica de diversas obras de variado género en un soporte tipo folleto que contó con 100 números de alrededor de 35 páginas cada uno. Su aparición el 20 de febrero de 1922, constituyó el debut editorial de Antonio Zamora. Inmigrante español de adscripción socialista, fundará una de las más grandes empresas en lo que a edición de libros respecta durante la primera mitad del Siglo XX: la Cooperativa Editorial *Claridad*. Esta editorial publicará más de 1000 títulos fundamentalmente durante las décadas del '20 y el '30, como parte de una estrategia de difusión de la alta cultura universal entre los sectores populares. Se tratará de un corpus variado de libros que incluirá un crisol de géneros y temas (cuentos, novelas, poesías, textos de divulgación científica, jurídicos, de teoría política, económica, filosófica, etc.), y de autores de muy diversas partes del mundo. En este sentido, *Los Pensadores* consistirá en una suerte de antesala de la editorial *Claridad*. Asimismo, ambas experiencias “zamoristas” pueden incluirse dentro de la batería de iniciativas pedagógicas llevadas a cabo por el Partido Socialista durante la primera mitad del siglo XX como la Universidad Luz, la Biblioteca Obrera y otras bibliotecas populares. Todas ellas encuentran su razón de ser en una particular concepción del cambio social: el progreso individual es entendido como condición del progreso social general, atribuyendo a la educación un papel central en este proceso.

El origen de la colección *Los Pensadores* se inscribe en un contexto signado por un conjunto de fenómenos novedosos que algunas lecturas posteriores han englobado en el concepto más amplio de “modernización”: la paulatina (y no poco resistida por algunos sectores) incorporación de inmigrantes europeos a la sociedad y la cultura argentina, el drástico crecimiento de los índices de alfabetización, la ampliación del mercado de trabajo con su consiguiente vertebración de un movimiento obrero y, fundamentalmente, el inicio del proceso de incorporación de numerosa población al mundo de la lectura. En este sentido, los periódicos y las revistas fueron los dispositivos por excelencia que posibilitaron a los nuevos sectores letrados la primera aproximación al hábito de la lectura. Además, su circulación abrió el camino para la edición de libros en nuestro país que

se afianzará, justamente, de la mano del periodismo¹. La propia biografía de Zamora es elocuente al respecto. Alrededor de los 20 años comenzó a trabajar en el diario *Crítica* como corrector de prueba, y durante su trabajo allí perfeñará *Los Pensadores*. En una entrevista brindada en 1975 se refiere al contexto que lo inspiró:

“La historia de la editorial comenzó con la publicación de una colección de libros económicos titulada *Los Pensadores* [...]. La idea nació un día en que estaba corrigiendo un libro en los talleres de *Crítica*. Yo llevaba un libro para leer que era *La Confesión* de Tolstoi. Mientras esperaba las pruebas se me ocurrió hacer algunos cálculos: ¿cuántas líneas tenía ese libro? Comprobé que el libro de 380 páginas podía entrar con un cuerpo chico, en un folleto de 32 páginas a 2 columnas. Los libros, en esa época, eran muy caros. Con la edición que imaginé, el precio se pondría accesible para la gente de pueblo. Así que me fui a una imprenta que había frente a *Crítica*, los talleres Vitelli y pedí un presupuesto. Hablé con la gente de reventa de *Crítica*, les pareció linda idea y con el propósito de ayudarme hablaron con los kioscos. Tenía 25 años. Así fueron apareciendo aquellos libros de la literatura argentina y universal, hasta el número 100”.²

Además de manifestar el vínculo entre el primer contacto de Zamora con el universo editorial y el mundo del periodismo, este testimonio resulta significativo por otros dos motivos. En primer lugar, Zamora define a *Los Pensadores* como “libros” más allá de que el formato fuera el de un “folleto de 32 páginas a dos columnas”. Volveremos sobre la importancia de este dato que a primera vista parecería ser menor. En segundo lugar, el editor afirma que “los libros, en esa época, eran muy caros”. Sin embargo, si hacemos un breve recorrido por algunas colecciones de ese entonces, más bien nos encontraremos con una numerosa cantidad de ejemplares a la venta a precios similares al de *Los Pensado-*

¹ de Sagastizábal, Leandro, *La edición de libros en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1995, pp. 38 y 39.

² Corbier, Emilio J., “Recuerdos de Antonio Zamora” en *Todo es Historia*, N° 172, septiembre de 1981, p. 38.

res. Entonces ¿por qué Zamora afirma que eran muy caros y por ende inaccesibles para “la gente de pueblo”? ¿Acaso no conocía las colecciones de “libros baratos” que circulaban en ese entonces? Creemos que lejos de ignorarlos, se inspiró en la crítica a esas mismas iniciativas para diseñar un proyecto editorial cuya originalidad no radicará exclusivamente en el precio.

Por otro lado, y como señaláramos antes, Antonio Zamora no solo fue un editor con convicciones ideológicas sino una figura activa y relevante dentro de las filas del Partido Socialista. Si bien en su juventud adhirió al anarquismo, en 1916 fue uno de los fundadores de la Juventud Socialista Argentina comprendida dentro del Partido Socialista Argentino, fundado por Alfredo Palacios. Éste último se había alejado del Partido Socialista por diferencias ideológicas pero también disciplinarias (batirse a duelo, a pesar de estar prohibido) y se reincorporó en 1928. Zamora lo hizo en 1923 y a lo largo de su vida ocupará varios cargos políticos, siempre dentro del socialismo: fue concejal en la Municipalidad de Quilmes, senador provincial por Bernal en la provincia de Buenos Aires y miembro de la Convención Constituyente de dicha provincia en 1934³. Su compromiso militante explica muchas de sus decisiones y orientaciones editoriales, más allá de que no agoten el tema. Asimismo, además de director de la editorial *Claridad* y de la revista homónima, dirigió el semanario *El Ariete*, en Quilmes y la *Revista Jurídica y Ciencia Popular*; fue autor de un *Diccionario de Sinónimos Españoles* y coordinó la publicación del *Digesto Constitucional Americano y Argentino*⁴. Estas actividades denotan la amplitud de sus emprendimientos dentro del universo de la publicación de libros y publicaciones periódicas, así como también, su interés por las ciencias jurídicas, a pesar de no haber podido realizar estudios universitarios⁵. Sus características lo distinguen de otros editores anteriores o contemporáneos. En primer lugar, se trata de uno de los primeros editores que no pertenecían previamente al mundo intelectual, como es el caso de otros intelectuales y escritores des-

³ Ferreira de Cassone, Florencia, *Claridad y el internacionalismo americano*, Claridad, Buenos Aires, 1998, pp. 83-88.

⁴ Ferreira de Cassone, Florencia, *Ibidem*, p. 88.

⁵ Corbier, Emilio J., *op. cit.*, p. 39.

tacados como Payró, Galvez, Ingenieros o Rojas. En segundo lugar, se trata de un militante político vigorosamente comprometido. Si bien otros editores contemporáneos abrazaron fuertes convicciones políticas que incluso los conducirán a ponerse al frente de sus respectivos proyectos editoriales (Ingenieros, Rojas), no se trataba de militantes orgánicos de un partido político conformado. Esto lo diferencia de otros “advenedizos en el mundo de los libros”⁶ como Gleizer, Glusberg, o Torrendell cuyas editoriales serán contemporáneas a *Claridad*. Asimismo, cabe destacar que Antonio Zamora participó en calidad de organizador del Primer Congreso de Editores e Impresores Argentinos (CEI), realizado en Buenos Aires en 1938. Los participantes de este Congreso se convertirán en Socios Fundadores de la Sociedad de Editores Argentinos, luego derivada en la actualmente conocida Cámara Argentina del Libro.⁷ Este dato pone de manifiesto que, además del proyecto pedagógico, Zamora no desconocía los aspectos más empresariales del trabajo editorial. Sin embargo, no invalidan nuestra hipótesis fundamental: por los menos durante las dos primeras décadas de la editorial, los móviles pedagógico-militantes serán predominantes, mientras que los aspectos más empresariales, sin dejar de tener un lugar destacado, funcionarán fundamentalmente como subsidiarios de los primeros.

Ni intelectual de renombre, ni mero empresario, este perfil original de Zamora constituye uno de los elementos fundamentales para entender por qué se convirtió en el mentor de uno de los emprendimientos editoriales más significativos de la época, en términos políticos, sociales y culturales.

⁶ de Diego, José Luis, “Políticas editoriales y políticas de lectura”, en *Anales de la educación común*, Tercer Siglo, Año 3, julio de 2007, p. 2 de la versión digital disponible en: http://servicios.abc.gov.ar/lainstitucion/revistacomponents/revista/archivos/anales/numero06/archivosparaimprimir/6_dediego_st.pdf

⁷ Giuliani, Graciela Alejandra, “La emergencia de estrategias editoriales colectivas en Argentina: El Primer Congreso de Editores e Impresores Argentinos (1938)”. Ponencia presentada en las Primeras Jornadas sobre la Historia de las Políticas Editoriales en la Argentina, realizadas en el Museo del Libro y de la Lengua-Biblioteca Nacional Mariano Moreno, los días 2 y 3 de julio de 2015. Disponible en <http://museo.bn.gov.ar/media/page/alejandra-giuliani.pdf>

El contexto editorial

Si bien la primera iniciativa editorial argentina será la llevada a cabo en el Siglo XIX por Navarro Viola, será en los albores del siglo XX cuando salga a la luz la *Biblioteca La Nación*. Impulsada por el propio diario *La Nación*, dirigido por Emilio Mitre, marcó un punto de inflexión considerable en lo que a edición de libros en la Argentina respecta. Todo indica que encontró su origen en un problema de índole laboral: la necesidad de darle trabajo a los tipógrafos una vez incorporadas las máquinas linotipo, en el año 1901. Aún así, la iniciativa resultó doblemente novedosa: no sólo se trató de la edición de libros en territorio argentino sino, además, de la “primera conjunción empresa periodística-libro del Siglo XX, en la que un diario se sirve de un *fondo editorial* para generar lectores en la Argentina”⁸. Sin lugar a dudas, este origen facilitó su difusión y el éxito de ventas que registra: a lo largo de sus 20 años publicará ochocientos setenta y cinco títulos y venderá más de un millón de ejemplares.⁹ Si bien la propia colección enuncia como sus principales objetivos la “educación popular”, de Sagastizábal sostiene, a propósito del crecimiento de la población y de la tasa de alfabetización de ese entonces:

“Desde el punto de vista de los diarios, esta ampliación del mercado significaba un riesgo comercial adicional, pues de una demanda estable y previsible se pasaba a otra de mayor riesgo. Para morigerar la incertidumbre se diversificaron las temáticas: suplementos especializados, secciones fijas -como la de deportes- y proyectos complementarios, como precisamente el de la Biblioteca [por la Biblioteca La Nación]. La confluencia libro-periodico tenía también como finalidad comercial asegurar la fidelidad de los lectores”¹⁰.

Esto implicaría la existencia de un móvil centralmente comercial detrás de la aparición de la *Biblioteca La Nación*. En esa misma dirección,

⁸ Wilson, Patricia, *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del Siglo XX*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, p. 47.

⁹ de Sagastizábal, José Luis, op. cit., p. 47.

¹⁰ de Sagastizábal, José Luis, op. cit., p. 48.

en la nota de presentación que acompaña al primer volumen de la colección se refiere a la misma como “destinada a vulgarizar las mejores obras de entretenimiento que ha producido la literatura universal, tanto antigua como moderna”.¹¹ La búsqueda del entretenimiento refuerza la idea de la estrategia comercial detrás del proyecto: se seleccionan obras que, además de pertenecer al canon de la alta cultura universal, pueden proporcionar “entretenimiento” a sus nuevos lectores.

Otras dos iniciativas de relevancia en materia editorial fueron la *Biblioteca Argentina* (1915-1928) dirigida por Ricardo Rojas y la *Cultura Argentina* (1915-1925) dirigida por José Ingenieros. Ambos proyectos se vinculan directamente con las definiciones político-ideológicas de ambos intelectuales y, puntualmente, con sus ideas sobre *lo nacional*. En el caso de *La Cultura Argentina*, se trata, en palabras del propio Ingenieros de “reediciones de obras de ilustres escritores ya fallecidos (Moreno, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Lamas, Andrade, Hernández, Ameghino, Ramos Mejía, Agustín Álvarez)”¹², aunque posteriormente se sumarán autores todavía vivos en ese entonces, fundamentalmente de adscripción positivista. En ese sentido, su empresa proyectará la construcción de un canon literario y de una memoria histórica nacional, acorde con su preocupación de instaurar un programa cultural para la nación por fuera de los circuitos institucionales¹³. A pesar de tratarse de “ediciones populares y baratas”, la colección estará dirigida a un público particular, que se corresponde con aquel sujeto depositario de *lo novedoso* para varios autores de la época: la *juventud* y, más específicamente, la juventud estudiosa. En definitiva, no se trata de “instruir” a nuevos sectores populares sino de disputarle a los dispositivos educativos oficiales el monopolio sobre la formación de la clase dirigente. El móvil es pedagógico, pero de lo que se trata es de for-

¹¹ “A los lectores”, vol. 1, p. III en Wilson, Patricia, op. cit., p. 50.

¹² Ingenieros, José, “Historia de una biblioteca”, en Muñoz, Marisa Alejandra, “José Ingenieros y *La historia de una biblioteca*”, *CUYO, Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, N° 15, año 1998, pp. 203-213. Disponible en versión digital: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1611/munozcuyo15.pdf

¹³ Hermida, Carola, “Coleccionar para educar. Acerca de *La Cultura Argentina* (1915-1928)”, en *Estudios de Teoría Literaria, Revista Digital*, Año 1, N° 2, 2012, Facultad de Humanidades-UNMdP. Disponible en versión digital en: <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/134>

mar a quienes formen, educar a los “maestros”, aportar a la creación de, en términos de Ingenieros, aquella “minoría activa” responsable de conducir intelectual y moralmente a la nación. Por ese motivo, muchos de sus títulos abordan el problema de la escuela primaria, secundaria y universitaria, en tanto aportes a las discusiones que la élite intelectual lleva adelante en torno al modelo educativo argentino. Asimismo, los intelectuales que colaboran con la colección no solo participan en la selección de las obras sino que elaboran los paratextos y notas explicativas que ayudan a contextualizar y comprender el texto, en un registro que emula al de un maestro con sus alumnos. En algunos casos, incluso, se trata directamente de conferencias pronunciadas frente a un auditorio conformado por estudiantes universitarios.¹⁴ Esto no implica que no existiera una vocación “difusora” por parte de Ingenieros, pero sí que no estaba entre sus intenciones, al menos prioritarias, la construcción de un nuevo público lector entre los sectores populares como, a nuestro entender, signó la labor de Antonio Zamora.

Ricardo Rojas, en cambio, apuntó a un público aún más especializado, ya que se trató de la publicación de ediciones críticas. Más allá de las diferencias en torno a algunos de los criterios de selección de los textos, esta diferencia en torno al tipo de edición fue determinante en la decisión de Rojas de no fusionar su proyecto con el de Ingenieros. Rojas partía de una premisa central que justificaba su labor editorial, desarrollada en *La Restauración Nacionalista*: ante la amenaza que representaba el aluvión inmigratorio a la integridad nacional, el sistema educativo se volvía el dispositivo cohesionador por excelencia. Era imperioso implementar un sistema educativo eficaz que lograra neutralizar las iniciativas socialistas y “extranjerizantes”, es decir, fundamentalmente todo aquel entramado de instituciones no oficiales que el socialismo y el anarquismo venían desarrollando desde fines del Siglo XIX (universidades obreras, bibliotecas populares, edición de libros y folletos baratos de títulos extranjeros, periódicos partidarios, etc.). Asimismo, la formación de una conciencia nacional se establecía como una de sus prioridades, y la conciencia histórica el medio por excelencia para construirla. Por ese motivo, *La Biblioteca Argentina*, se proponía ofrecer todos aquellos textos sustanciales para nuestra cultura nacional, en carácter de material didáctico.

¹⁴ Ibidem, p. 24.

El proyecto original de Rojas, fue la publicación exhaustiva de todos los documentos, textos doctrinarios y fuentes de todo tipo del pasado nacional, de manera tal que los estudiosos de la historia argentina pudieran recurrir a esos materiales en busca de fuentes bibliográficas y, además, materiales para la enseñanza de la historia. Esa idea original mutó, finalmente, en una colección dedicada a la difusión de “obras de consagrado valor ideológico o literario”¹⁵ que tuvieran un alto rendimiento educativo. Si bien la iniciativa no fue financiada directamente por el Estado, éste no dejó de ser un actor crucial en lo que respecta al consumo y distribución de la colección: el Estado sería su cliente mayoritario a través de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, el Consejo Nacional de Educación y el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública¹⁶. “De este modo -sostiene Degiovanni- desde su lanzamiento en 1915, la serie de Rojas se convertiría en parte estratégica de una poderosa maquinaria gubernamental de construcción y disciplinamiento del sujeto nacional”¹⁷. Es decir, si bien se trató de ediciones económicas, su principal objetivo consistió en garantizarle insumos a la educación oficial.

A diferencia de Ingenieros, interesado en construir un pasado nacional más “jacobino” y reivindicar la llegada de inmigrantes, Rojas entendía ese pasado ligado a la tradición hispánica y criollista, y completamente contradictorio con la cultura inmigrante. Para legitimar su colección por sobre la de Ingenieros, Rojas recurrirá a la filología moderna y, especialmente, a la crítica textualista. Asimismo, todas las obras publicadas contaban con estudios preliminares que garantizaban la “correcta” comprensión de los textos y los alejaba de la versión “radicalizada” y, por supuesto, “apócrifa” que del pasado nacional presentaba *La cultura Argentina*.

¹⁵ Degiovanni, Fernando, *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2007, p. 116.

¹⁶ *Ibidem*, p. 116.

¹⁷ He aquí otra diferencia crucial con Ingenieros. Ingenieros mismo describe su desvinculación del editor Lajouane cuando éste recurrió al Congreso para pedir subvencionar la Biblioteca: “Contrariadísimos de que pudiera sospechársenos interesados en el clásico negocio editorial y a las reparticiones públicas, Ramos Mejía y yo avisamos a Lajouane que todo quedaba concluido: y Ramos, personalmente, conversó con varios diputados amigos suyos, pidiéndoles que no despachasen la solicitud”. Ingenieros, José, “Historia de una biblioteca” en Muñoz, Marisa Alejandra, *op. cit.*

Por último, Beatriz Sarlo ubica entre los años 1917 y 1925 el apogeo de las novelas por entregas¹⁸. Se trató de ediciones muy baratas y de gran circulación entre los sectores populares que se comercializaban en ámbitos cotidianos para ellos, como los kioscos de revistas, las estaciones de tren, etc. Generalmente, abordaban los géneros novela sentimental, de aventuras y policial. Además, incorporaron un elemento novedoso: la combinación exitosa de literatura de masas con literatura nacional. Muchos de estos autores nacionales, comenzaron a dedicarse exclusiva y profesionalmente a la producción de estos textos de consumo masivo¹⁹. Asimismo, se trata de todo un universo literario portador de ciertos atributos que lo vuelven atractivo y accesible. En palabras de Sarlo, “demandaban muy poco de su lector y le dieron en cambio bastante: el placer de la repetición, del reconocimiento, del trabajo sobre matrices conocidas”.²⁰

Se identifica en estas publicaciones un objetivo principalmente comercial. Consistió en ofrecer un producto rentable que aprovechara la expansiva demanda de libros de la advenediza población alfabetizada. En consecuencia, no existen pretensiones directamente educativas o pedagógicas, al margen de las apreciaciones que desde la actualidad podamos realizar sobre su impacto en materia de difusión de la cultura letrada.

La estrategia de Antonio Zamora

Aún tomando en cuenta estos diversos antecedentes en lo que a “libros baratos” o “populares” respecta, partimos de considerar a *Los Pensadores* como un producto único en su género. Nuestra hipótesis es que

¹⁸ Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2004, p. 20.

¹⁹ Pierini, Margarita, “Los autores de *La Novela Semanal*, cruces y tensiones en la ampliación del campo literario”, en Pierini, Margarita; Campodónico, Horacio; Cilento, Laura; Grillo, María Victoria; Labeur, Paula, *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004, p. 77. Ver también: Sarlo, Beatriz, “Las revistas y sus escritores” en Sarlo, Beatriz, op. cit., 2004.

²⁰ Sarlo, Beatriz, op. cit., p. 23.

se trata del resultado de una estrategia editorial sumamente innovadora por parte de Antonio Zamora que toma como punto de partida los hábitos y gustos de un determinado sector de la población y potencial público lector, con el objetivo de generar cambios en ese mismo conjunto de hábitos y de gustos. Es decir, se trata de un dispositivo pedagógico en el que los contenidos a transmitir no representan la única dimensión a tener en cuenta. Asimismo, como su “misión” explícita es la de llegar a “iluminar” a la mayor cantidad de lectores populares, los precios baratos resultan una condición *sine qua non* pero aún así, no suficiente.

Ahora bien, ¿qué es lo que tiene de particular esta colección que nos permite elaborar este primer supuesto? Cómo señaláramos anteriormente, *Los Pensadores* fue una publicación periódica y seriada, es decir, que salió a la venta con una frecuencia determinada aunque cambiante²¹ y cada volumen estaba numerado. Su venta se efectuaba fundamentalmente en kioscos de revistas, estaciones de subte y ferrocarriles, espacios de circulación cotidiana para el común de la gente y con una lógica diferente a la de las librerías céntricas de ese entonces²². Si tomamos en cuenta el contexto editorial en el que se inserta, es manifiesto que la naturaleza del soporte y los circuitos de distribución responden fundamentalmente a la necesidad de acceder a un público masivo. Con esa misma búsqueda se relaciona el mantenimiento de los bajos precios que mencionáramos desde un primer momento. El precio de *Los Pensadores* se mantendrá en \$0,20, lo que en ese momento equivalía a dos boletos de

²¹ La publicación originariamente tuvo una tirada quincenal desde el número 1 (20 de febrero de 1922) hasta el número 8 (30 de mayo de 1922). A partir del número 9 (6 de junio 1922) comenzó a salir semanalmente todos los martes (con algún que otro eventual retraso) hasta el número 66 (6 de febrero de 1923) inclusive. Por último, retomó en el número 67 (agosto de 1923) su antigua frecuencia quincenal hasta el número 74 (noviembre de 1923) inclusive para luego pasar a ser mensual desde el número siguiente (75) hasta el número 100.

²² Respecto de las librerías de ese entonces, Sarlo afirma: “A la librería se va a adquirir fragmentos de cultura, a condición de que otros fragmentos ya hayan sido adquiridos antes [...]. El placer letrado de *encontrar un libro* se convierte muy fácilmente en su opuesto: el temor o la intimidación ante la legalidad oculta en el desorden de los estantes” Sarlo, Beatriz, op. cit., p. 35.

tranvía²³. Por otro lado, se trata de publicaciones monográficas, es decir, en cada número se reproduce una obra completa que ocupa alrededor de 32 páginas: una novela corta, un libro de cuentos o de poesías, un ensayo, etc.²⁴ Asimismo, la propia publicación sugería la encuadernación de las obras ofreciendo con insistencia ese servicio en casi todos sus números a partir del 33. De este modo, volvía explícita su intención de metamorfosear dichos folletos a un formato libro, constituyéndose como posibles iniciadores de una biblioteca. Adicionalmente, a partir del número 49 promociona desde sus páginas una novedad editorial: la “Biblioteca popular de obras famosas” de la editorial *Claridad*. El texto que la publicita parece indicar que se trata de un ejemplar encuadernado que reúne cinco obras ya publicadas en *Los Pensadores* en un solo

²³ Según Leandro de Sagastizábal (1995), los ejemplares de la Biblioteca La Nación costaban \$0,50 en rústica y \$1 encuadernados, es decir, incluso en su versión más barata, más del doble que *Los Pensadores*. Por otra parte, “La Novela Semanal” según Margarita Pierini (2004), costó \$0,10 entre 1917 y 1926, mientras se trataba de “un cuadernillo de papel de escasa calidad, de sólo 24 páginas, sin ilustraciones y con poca publicidad”, para luego ascender a \$0,20, cuando aumenta el formato y el número de páginas. Pierini, Margarita, op. cit., p. 49.

²⁴ Encontramos, sin embargo, algunas excepciones: “El sepulcro de los vivos” de Dostoievski será repartido casi en su totalidad entre dos volúmenes (8 y 9), en tanto que una tercera parte más corta se incluirá como epílogo del volumen 10 (“Mis Odios” de Emile Zolá); mientras que el texto “Qué es el arte” de Tolstoi será repartido entre los volúmenes 38 y 39. Con el objetivo de no tener que desdoblarse más obras, en 1924 la editorial sacará a la venta *Los Pensadores. Segunda Serie*, que constará de unos pocos volúmenes de publicación mensual y que incluirá obras más largas que las publicadas en *Los Pensadores* y al doble de su precio: \$0,40. Ambas publicaciones convivirán durante algunos meses.

Por otro lado, algunos volúmenes de *Los Pensadores* incluirán más de una obra del mismo autor o inclusive de diferentes autores. Un ejemplo de esto último lo constituye el volumen 75 en el que se publican dos textos de educación sexual de distintos autores; el número 78 en el que se compilan escritos en torno a la figura de Wagner escritos por Nietzsche, Maclair y D’Annunzio o inclusive casos como el del volumen 89 en el que se incluyen tres textos de tres autores diferentes sin una afinidad temática tan evidente: “Fidelidad” de Mariani, “Leonor” de Tasca y “El honor” de Andreieff. Desde nuestro punto de vista, esta decisión respondería a la necesidad de cumplir siempre con el compromiso de no publicar menos de 32 páginas, compromiso que se resalta en varios números de la colección.

tomo: “Soñadores” de Knut Hamsun; “Generosidad de corazón” de Selma Langerlof; “Los comediantes sin saberlo” de Honorato Balzac²⁵; “El splén de París” de Carlos Baudelaire y “La muerte de Jesús” de Eça de Queiroz. En el número 54 se promociona el segundo tomo de dicha Biblioteca compuesta por otras cinco obras aparecidas en *Los Pensadores*. Es decir, se vuelve a ofrecer obras ya publicadas pero, en esta oportunidad, encuadradas y como parte de una “Biblioteca”.

Todos estos elementos propios de la colección, nos hacen suponer que a través del consumo de un producto familiar se habría proyectado el acercamiento paulatino por parte de estos sectores a un objeto distinto; un objeto que es entendido como portador de determinado status social del que adolecían los soportes de alta circulación como las publicaciones periódicas o los folletos: el objeto libro. No solo se trata tan solo de difundir determinados contenidos propios de la “alta cultura universal” sino además, un hábito más ajeno a estos sectores como el de la lectura de libros.

Como mencionáramos con anterioridad, la idea de que el progreso individual tanto económico, social como cultural, resulta condición necesaria para la progresiva modificación de las estructuras de clase, será muy propia del ideario socialista a lo largo de toda su historia. Asimismo, será una idea central para definir el clima de época de la década del '20. En este sentido, no es de sorprender que muchas de las leyendas que exhortan a comprar la publicación *Los Pensadores* identifiquen la posesión del objeto con la adquisición de una cualidad positiva por parte del consumidor²⁶. Se

²⁵ En el número 13 de *Los Pensadores* se publica bajo el título de “De la comedia humana” un texto de Balzac. Sin embargo, en la obra original este título no corresponde a un texto específico sino que engloba un numeroso conjunto de obras del autor. “Los comediantes sin saberlo” forma parte de este conjunto, razón por la cual presumimos que, a pesar de la confusión, se trata en ambos casos del mismo texto.

²⁶ Algunos ejemplos podrían ser: “Los lectores habituados a los libros que se leen en tres horas y se olvidan en tres días, tal vez encontrarán en los recuerdos de la casa de los muertos páginas que les resulten pesadas, fatigosas y oscuras. Pero a los que en el arte aman las impresiones fuertes indelebles, les recomendamos la lectura de esta obra [...]. El que lea este libro lo cerrará formándose mejor idea de la humanidad, sintiéndose menos despreocupado por las miserias ajenas y más animado para soportar las propias” (*Los Pensadores*, N° 8, revés de contratapa); “Los Pensadores serán para los estudiosos un elemento indispensable de

trata de una estrategia propia del flamante discurso publicitario de entonces, que autores como Ezequiel Adamovsky relacionan con el clima de confusión en torno a los “status sociales” que caracterizaron los tiempos del aluvión inmigratorio: “En la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, en la que nadie estaba demasiado seguro del lugar social que le correspondía, poseer tal o cual bien [...] se transformaron en formas de determinar «quién era quién»”²⁷. Desde el punto de vista de un militante socialista de ese entonces, el hecho de inculcar exitosamente un hábito y unos contenidos en pos del ascenso social y cultural de amplias mayorías, lejos de ser una iniciativa menor y aislada, adquiere una relevancia política insoslayable.

En el número 68 correspondiente al mes de septiembre de 1923, se comienza a publicitar la primera colección propiamente dicha de la Editorial. Se trata de la biblioteca *Teatro Nuevo*. Poco después se promocionarán la *Biblioteca Científica y Clásicos del Amor*, así como también dos títulos sueltos que más adelante conformarán la biblioteca *Los Nuevos*: “Tinieblas”, de Elías Castelnuovo y “Versos de la calle” de Álvaro Yunque. Asimismo, a partir del número 101 el formato original se verá drásticamente modificado. Si bien la revista seguirá llamándose *Los Pensadores*, la bajada mutará a “Revista de selección, arte, crítica y literatura”, consignando en su editorial: “De acuerdo con los propósitos anunciados ofrecemos hoy *Los Pensadores* transformada en revista de selección

educación y cultura. Esta revista hará asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad” (*Los Pensadores*, N° 16, revés de contratapa); “Si usted quiere formarse un criterio de lo que es el Arte, deberá continuar leyendo *Los Pensadores*, que le ofrecerá en breve la explicación del siguiente cuestionario” (*Los Pensadores*, N° 36, revés de contratapa); “Si usted no ha leído *¿Qué es el arte?* de Tolstoi empiece a dudar de su inteligencia” (*Los Pensadores*, Volumen 40, cara interna de contratapa); “Si Ud. es una persona inteligente lea: *La Nueva Ciencia de Curar*” (Número 47, cara interna de contratapa. Se repite en varios volúmenes); “Ninguna persona inteligente debe dejar de leer esta obra” (*Los Pensadores*, Volumen 83, revés de contratapa); “Demuestre su inteligencia leyendo esta obra” (*Los Pensadores*, Volumen 84, cara interna de tapa).

²⁷ Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina*, Planeta, Buenos Aires, 2009, p. 69.

ilustrada: de arte, crítica y literatura”.²⁸ Finalmente, la revista pasará a denominarse *Claridad. Tribuna del pensamiento izquierdista* y mantendrá ese nombre hasta su cierre, en la década del ‘40.

Es decir, paulatinamente, lo que comienza siendo una publicación periódica monográfica con aspiraciones de libro, termina desdoblándose en dos direcciones: la edición de libros baratos por un lado, y el de una revista por otro. Este derrotero podría reforzar nuestra hipótesis acerca de que *Los Pensadores* fue una publicación que buscó estratégicamente adaptarse a los hábitos de un público lector advenedizo y que, al alcanzar determinado nivel de instalación entre sus filas, supo mutar en un producto más elaborado. Este elemento la diferencia notablemente de otras colecciones también pretendidamente populares como la Biblioteca La Nación y la Cultura Argentina. No se trataba simplemente de editar libros baratos sino de elaborar una estrategia de promoción entre sectores no habituados al consumo de libros, es decir, ampliar la población dispuesta a consumir esos libros, volverlos accesibles no sólo económicamente sino también culturalmente. Esto podría explicar el porqué de la “confusión” entre libro y folleto presente en el testimonio de Zamora que citáramos previamente.

Ahora bien, como señaláramos en un principio, la estratégica instalación de hábitos entre los sectores populares no fue su única originalidad. Su objetivo más explícito fue el de acercar a esos sectores una serie de contenidos propios de la “alta cultura universal”. La propia publicación describía sus propósitos de la siguiente manera: “Esta revista ni busca ni admite avisos de ninguna clase, a ningún precio, pues está dedicada a la difusión de las buenas obras y no es, como muchas otras publicaciones, una empresa comercial. Queremos difundir obras buenas a precios populares”.²⁹ En este sentido, *Los Pensadores* se entiende a sí misma como una colección bien diferenciada de aquella pléthora de publicaciones periódicas de tirada masiva que señaláramos antes, como “La novela semanal”, “El cuento ilustrado” o “La novela porteña”, que con una perspectiva popular abordaban temáticas “entrettenidas” como las novelas de aventura, de amor o los policiales. Con este mismo objetivo de diferenciación, a lo lar-

²⁸ “Al margen de la vida que pasa (editorial)” en *Los Pensadores* N° 101, diciembre de 1924.

²⁹ Sin embargo, a partir del número 53 (10 de abril de 1923) la revista comenzará a admitir diversas publicidades.

go de los números se sucederán distintas leyendas en las que se denostan otras iniciativas editoriales “aventureras” y deshonestas, que lucrarían a partir de la difusión de obras de baja calidad pero también a partir de la publicación de malas traducciones u obras incompletas. No se trata, según su propia definición, de una simple editorial que publica obras para un público masivo, sino una empresa cultural con objetivos políticos y sociales, y valores incorruptibles en torno a la calidad de los materiales que ofrece.

Estos dos elementos nos incitan a pensar que Zamora supo leer en aquellas iniciativas editoriales ya existentes, los componentes para diseñar un dispositivo más eficaz en términos de impacto social y, por ende, de capacidad pedagógica entre las masas trabajadoras e inmigrantes. El elemento diferenciador radica, a nuestro entender, en el protagonismo político que le otorgaba a esas masas y, por ende, a su “formación”. Esta convicción lo diferencia ideológicamente de otras iniciativas, ya sea porque adscribían a lecturas más verticalistas o incluso elitistas respecto a la “distribución de saberes” (como en el caso de Ingenieros y Rojas), o porque directamente no estaba en su horizonte de preocupaciones (en el caso de los editores de *La Novela Semanal* u otros emprendimientos editoriales similares).

“Educar al soberano”

Si tomamos por ciertas nuestras estimaciones acerca de la estrategia editorial subyacente en *Los Pensadores*, podríamos afirmar que la misma constituye el proyecto de *Claridad* que mejor expresa la idea de una “misión” propagadora del progreso. “El porvenir de la humanidad está en el cerebro de los estudiosos que pongan al servicio de la misma, la inteligencia que a diario se adquiere con la lectura de las mejores obras que ha producido el ingenio humano”³⁰, sostenía la editorial en su tercer aniversario. Un conjunto de individuos geniales se presentaba como responsable de encauzar a las mayorías a fuerza de “ideas” que “cultivaran su espíritu” hacia el camino del progreso, del porvenir, del triunfo de la razón. En consecuencia, la puesta en práctica de esta misión se torna una

³⁰ Prólogo a la publicación “Plenitud” de Amado Nervo en *Los Pensadores*, febrero de 1924, N° 80, p. 2.

suerte de “apostolado laico”³¹. La figura del intelectual, es decir, del “pensador”, se combina entonces con la del “difusor”, una suerte de mediador entre estas mayorías incultas y aquella sustancia inmaterial garante del progreso humano. Como señalamos en la introducción, debido a su impronta fuertemente iluminista y positivista y su rechazo deliberado a lo que Adamovsky denomina la “cultura plebeya y criolla”, el protagonismo del intelectual en su rol de mediador o de “guía” será una característica muy propia del ideario socialista desde su formación y durante gran parte de su historia³².

Desde nuestra perspectiva hay una lógica que subyace y fundamenta teóricamente la misión educadora socialista y la de *Los Pensadores* en particular. Si el trabajo de las grandes mayorías es apropiado por minorías explotadoras, el fenómeno encuentra su correlato en el orden de lo cultural: los saberes producidos por la humanidad en su progresivo derrotero también son expropiados, son acaparados, se priva de ellos a las grandes mayorías trabajadoras. La reposición de estos saberes desandaría el camino de la opresión volviendo, en principio, a la sociedad más igualitaria aunque sea en el plano cultural. En el mismo sentido, si la ignorancia del pueblo constituye una de las grandes causas de los males políticos y del atraso general del país, la educación extendida a través de la lectura se convierte en la piedra angular del proyecto socialista. De ahí que insista en identificarse con la gesta iniciada por la Generación del ‘37 y la del ‘80. Asimismo, se percibe constantemente la idea de que el progreso individual depende directamente de la voluntad que se ponga en hacerlo. Como señala Montaldo,³³ la voluntad y la disposición al estudio, se vuelven una suerte de imperativo categórico cuya desobediencia, en algunos casos, es abordada con una dureza casi religiosa: “Pero no sólo tienen la culpa los

³¹ “Si esta revista fuera un negocio editorial, sucumbiría. Pero como es un apostolado que viene a cumplir una alta misión en estos tiempos de sicalipsis y exaltación boxística, Los Pensadores no fracasará nunca” Prólogo a la publicación “Rayos de Sol” (selección de las mejores composiciones de poetas célebres) en *Los Pensadores* N° 74, noviembre de 1923, p. 2.

³² Adamovsky, Ezequiel, op. cit., pp. 99 y 100.

³³ Montaldo, Graciela, “La literatura como pedagogía, el escritor como modelo. Cooperativa Editorial Claridad: proyecto cultural y empresa comercial”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 445, julio de 1987, pp. 41-64.

explotadores, los que se dejan explotar son más culpables. Por eso para nosotros, son tan despreciables los unos como los otros”.³⁴ Nuestra segunda hipótesis, entonces, es que en esta primera colección el objetivo es centralmente el de la reposición de esos “saberes expropiados”. Eso significa que el único rol activo que se les adjudica a los educandos-trabajadores es el de la voluntad de formarse, de incorporar conocimientos que han sido elaborados por aquel selecto grupo de “pensadores” (que, por otro lado, son en su mayoría extranjeros). Esta concepción se va a contradecir con el espíritu de una colección cuyos primeros números edita *Claridad* en el año 1924. Se trata de la Biblioteca *Los Nuevos*, que va a reunir varias obras inéditas de jóvenes y aún ignotos escritores pertenecientes a lo que luego se conocerá como el Grupo Boedo. Se trata de una literatura que deposita en la experiencia directa de la explotación y la miseria la condición *sine qua non* para poder describir la realidad obrera y, por ende, volverse un verdadero escritor con vocación transformadora. Es decir, de simples receptores de una cultura ajena, los trabajadores pasan a asumir un rol creativo e incluso, a esbozar una cultura y un género propios: el de la literatura obrera. Aún así, en la colección *Los Pensadores* no encontramos ecos de esta perspectiva, la pasividad del obrero-receptor y la no postulación de una cultura propiamente proletaria será un continuum a lo largo de sus casi tres años de existencia.

Por otro lado, el análisis del catálogo de *Los Pensadores* arroja a primera vista algunas impresiones respecto al tipo de “saberes” y de “valores” en los que se pretendía educar a estos trabajadores. No se trata de munirlos de “conocimientos útiles” para revolucionar las estructuras sociales como proponía el anarquismo, indiscutible protagonista del escenario político nacional durante las primeras décadas del siglo XX. Más bien nos encontramos con una ecléctica selección de géneros literarios, de paradigmas políticos, de temáticas abordadas, un corpus que pretende abarcar todos aquellos aspectos vinculados al progreso en un sentido humanista (las artes, las ciencias, la literatura, la teoría política, etc.). “El resultado -sostiene Romero- es la adquisición de un barniz cultural [...] unos conocimientos que apuntan a la integración social, que ofrecen mo-

³⁴ Prólogo de la Editorial a la publicación “Plenitud” de Amado Nervo en *Los Pensadores*, febrero de 1924, N° 80, p. 2.

delos para ello”³⁵. El epígrafe que reza la mayoría de las publicaciones de *Los Pensadores*, extraído de un texto de Barbusse, es muy elocuente al respecto: “Nosotros queremos hacer la revolución en los espíritus”. El locus revolucionario en primer término son los espíritus, las ideas, las mentes.

En el marco de esta “misión difusora” de ideas, la literatura se vuelve un medio para llegar a un fin: el objetivo fundamental es la transmisión de “los pensamientos”, de los mensajes portadores de “verdad” contenidos en esas obras selectas. El título mismo de la Colección alude a este fenómeno: existen ideas que “son pensadas” por “pensadores” y que deben ser transmitidas de manera directa a través de la literatura. La selección de los géneros y los tipos textuales se enmarcan dentro de la estrategia pedagógica general: algunos géneros resultarán, por su didactismo o su familiaridad, más efectivos que otros para transmitir las “verdades”. Es el caso del género narrativo, muy presente en el catálogo (38 números en total entre novelas y cuentos), que en tanto “reflejo” de la realidad reproduciría o narraría las injusticias de la sociedad capitalista, generando un efecto aleccionador de fácil identificación con la vida cotidiana. Como es de preveer, la selección de obras narrativas está constituida fundamentalmente por novelas “realistas” con alto contenido de crítica social.

Otro género de marcada presencia por sus atributos “transmisores” es el biográfico (7 números en total). La colección cuenta con una gran cantidad de biografías³⁶, sobre todo de artistas y hombres de ciencia, así como también con una Nota Biográfica para cada “pensador” publicado, estrechando aún más el vínculo “literatura-vida misma”³⁷.

³⁵ Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 94.

³⁶ Tolstoi, León, “Mi confesión”, (*Los Pensadores*, N° 5, 17 de abril de 1922); Rolland, Romain, “Vida de Beethoven” (*Los Pensadores*, N° 28, 17 de octubre de 1922); Ramón y Cajal, Santiago, “La infancia de Ramón y Cajal” (*Los Pensadores*, N° 43, 23 de enero de 1923); Muñoz, Escamez, J. Pasteur, “Su vida y su obra” (*Los Pensadores*, N° 45, 6 de febrero de 1923); Dickmann, Enrique, “Tiempos heroicos” (*Los Pensadores*, N° 84, Marzo de 1924); Zolá, Emilio, “Hombres célebres” (*Los Pensadores*, N° 76, Diciembre de 1923).

³⁷ Montaldo, Graciela, op. cit., pp. 41-64.

Describir la vida de alguien consagrado³⁸ en algunas de las disciplinas humanistas que han contribuido al progreso humano, contiene el aditamento de poder establecer modelos a seguir, pruebas de que con “voluntad” se puede progresar: en el caso de las notas biográficas, estos pensadores son mártires, seres sufrientes y geniales que provienen de las propias filas de los desposeídos, para erigirse como sus conductores intelectuales. El patrón común suele estribar en las desventuras de los biografiados, sobre todo problemas con la ley a causa de su rebeldía, los sinsabores propios de la pobreza, o su mal desempeño en las instituciones educativas formales³⁹.

Los números dedicados a la poesía son 12 en total. En este sentido, el número 74, titulado “Rayos de sol” y dedicado a la publicación de una colección de poesías de diversos “poetas selectos” nos dice mucho acerca de la concepción o funcionalidad adjudicada por *Los Pensadores* a la literatura en general y a la poesía en particular. En la editorial, se esboza una suerte de justificación del número: “alguien podría objetarnos que este género no concuerda con nuestro título [*Los Pensadores*], pero una poesía es la esencia de un pensamiento. En la poesía se expresa el pensamiento en la forma más sencilla y ello contribuye a que muchas ideas sean asimiladas por gentes de árido temperamento”. En tanto el arte tendría como función la transmisión de mensajes, la publicación de un género asociado al “arte por el arte mismo” y orientado más al signo que al significado, debe contar con una buena explicación: tiene una funcionalidad, transmite ideas a sujetos que, quizás, no podrían “asimilarlas” de otro modo debido a su “árido temperamento”⁴⁰. A esto podríamos sumar la relevancia del género poesía, sobre todo entre el público femenino joven, que con frecuencia recitaba fragmentos poéticos en veladas y ocasiones especiales, adicionando un factor más de “efectividad transmisora”.

³⁸ La consagración de los autores parece resultar de vital importancia para garantizarle al lector el acceso a “buenos mensajes”. De ahí, quizás, el énfasis puesto en sus logros, premios y consagraciones en general.

³⁹ La crítica a la educación formal, reaparecerá de distintas formas a lo largo de la publicación, entendida como parte del engranaje capitalista y de la “cultura burguesa”.

⁴⁰ Montaldo, Graciela, op. cit, p. 47.

El resto del catálogo de *Los Pensadores* está compuesto por obras que abordan temáticas políticas, filosóficas y “científicas” (principalmente referidas a la sexualidad, el cuidado del cuerpo y otros temas comprendidos dentro del corpus de la eugenesia y el higienismo). Estos tópicos darán vida a posteriores bibliotecas y publicaciones periódicas de la editorial Claridad: Biblioteca Filosófica, Biblioteca de Ciencias Políticas, Biblioteca de Cultura Socialista, Biblioteca Científica y la revista “Cultura sexual y física”.

Si analizamos el corpus centrándonos en las nacionalidades de sus autores, las cifras también resultan muy elocuentes: el 32% de los autores es de nacionalidad francesa (22 autores), el 18% rusos (9 escritores), el 14% españoles, el 12% Latinoamericanos, el 7% italianos, el 6% argentinos y el 5% alemanes⁴¹. Un primer acercamiento, echa luz sobre la preponderancia de autores europeos, particularmente de Francia y Rusia, cuna de las dos revoluciones más importantes de la Modernidad. Gran parte de estos autores, como Anatole France, Tolstoi o Dostoievsky, pertenecen a las escuelas naturalista francesa y realista rusa, lo cual se corresponde con las preferencias estético-ideológicas perfiladas en *Los Pensadores*. Sin embargo, el predominio de textos extranjeros no se condice con la escasa relevancia otorgada a las traducciones. En la mayoría de los textos traducidos no se consigna el nombre del traductor. Una posible hipótesis sobre las causas podría ser la utilización de traducciones realizadas por otras editoriales, ya sea al castellano ya sea a una tercera lengua posteriormente traducida al castellano por algún colaborador. De igual manera, la omisión del nombre de los traductores podría estar relacionado con el criterio netamente anti-formalista de la editorial: “La postulación de un vínculo transparente entre palabra y realidad, sostiene Patricia Wilson, fuerza a no reparar en aquello que, en la palabra misma, funciona como obstáculo, como interferencia, como opacidad y, entre códigos lingüísticos distintos,

⁴¹ de la Torre Oliveira, Rodrigo, *Públicos leitores em formação: popularização das coleções de livros na Argentina (1901-1924)*, disertación presentada al Programa de Post Graduación en Historia Social del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo, para obtener el título de Magíster en Historia. <http://es.scribd.com/doc/29542683/15/Cooperativa-Editorial-Claridad>

como diferencia”.⁴² Los traductores, entonces, no serían considerados tan relevantes como para consignarlos en todos los casos.

A pesar del afán educativo por confeccionar un plan de lecturas “selectas”, el corpus total de publicaciones de *Los Pensadores* puede generar algunas perplejidades. Entendemos que la heterogeneidad y el eclecticismo de la editorial *Claridad* en general puede vincularse con el hecho de que, más allá de su estrecha relación con el Partido Socialista, se pretendía mantener cierto nivel de apertura ideológica, dando lugar a diferentes expresiones políticas de izquierda o incluso no encolumnadas en ningún paradigma político determinado. Sin embargo, en algunos casos se trata de la publicación de textos o autores de los que la propia editorial toma distancia (por ejemplo, Herrera y Reisig o Rubén Darío). En ocasiones, el texto se acompaña con notas aclaratorias que indican de qué manera proceder a la lectura del conjunto o de determinados conceptos proclives a generar “confusiones”⁴³; en otros casos, es directamente el autor el que resulta impugnado parcialmente, en el marco de un intento por justificar su publicación. En algunos trabajos se ha interpretado esto como un indicio de que muchas veces la impresión de determinados textos respondía más a la necesidad de cumplir con el calendario de publicaciones que a una planificación a largo plazo⁴⁴,

⁴² Wilson, Patricia, *La constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, p. 58.

⁴³ Es el caso, por ejemplo, de “Preludios de la lucha” de Francisco Pi y Arsuaga. Esta publicación incluye varias notas de la editorial haciendo aclaraciones como la siguiente: “En esta balada, como en otras de esta colección, resulta un efecto para el lector que no puede ser el propósito del autor: la negación; no, la inutilidad; peor aún, el perjuicio del progreso. «¡Mejor se estaba antes!» se saca en consecuencia de esa exposición, sin contar que progreso es perfeccionamiento y justificación, y que si así no resulta siempre en la práctica, es porque no se progresa de conjunto, sino parcialmente en objeto, tiempo y espacio, en virtud de leyes naturales cuyo conocimiento a todos interesa como medio seguro de generalizar los beneficios del progreso” (*Los Pensadores*, N° 25, 26 de septiembre de 1922, p. 33).

⁴⁴ “Esses dados nos fazem pensar que, algumas vezes, os textos impressos respeitaram muito mais a necessidade de se cumprir o calendário para manter a publicação. Sugerem a possível inexistência de um planejamento, a longo prazo, das obras e dos conceitos que se queriam colocar em circulação. Havia, contudo,

acorde con la impronta de “honestidad” y “cumplimiento” que Los Pensadores señalan como distintiva: era muy importante cumplir con las pautas y los tiempos establecidos⁴⁵. Esta explicación, aunque atractiva, no nos satisface. Consideramos que se impone la necesidad de realizar un análisis más minucioso de los títulos de la colección, que intente reponer el sentido de su incorporación sin por eso negar completamente los factores materiales o las circunstancias que podrían conducir a la selección de algunos textos por sobre otros. En esa dirección pretendemos avanzar en futuras investigaciones sobre el objeto. Asimismo, otra línea posible de investigación se desprende del nivel expectativas de entendimiento cabal de las obras por parte de estos lectores populares. A pesar de proponerse como una publicación destinada a un público poco habituado a la lectura de textos complejos, muchos de los números de la colección parecen no atender a esta circunstancia. La publicación de algunos títulos incluso da pie a un comentario al respecto. Es el caso del volumen 55, en el que se publica el “Tratado de la educación práctica” de Kant. La editorial de aquel número lleva por título “Estudie” y señala: “Sabemos que esta clase de obras no llegan a alcanzar la difusión que su valor merece. Preferimos que los pocos que estudian nos comprendan a que nos confundan la mayoría de los mentecatos que leen por matar el tiempo mientras el tiempo nos mata a todos”⁴⁶. En este caso, entonces, podríamos arriesgar que se trata más del valor simbólico de acceder a un texto filosófico canónico que a su comprensión *in toto*. Romero y Gutiérrez han definido el fenómeno de acercamiento a la cultura letrada vía bibliotecas, políticas editoriales y demás instituciones del período como de un “acceso fragmentario y ocasional [...], de un picoteo asiste-

um entendimento das idéias com as quais não concordavam, daí a existência de notas de orientação destinadas a os leitores” tomado de de la Torre Oliveira, Rodrigo, op. cit.

⁴⁵ En el número 10 se pide disculpas por no haber podido entregar una obra de Mantegazza anunciada en el anterior, responsabilizando a “la imprenta y otras cosas que no son del caso detallar aquí” (*Los Pensadores*, Número 10, p. 31). En el número 41 se disculpan por el atraso en la publicación de “Estudios sobre la moneda” de Juan B. Justo. En el número 44 solicitan que los lectores remitan todos los ejemplares fallados para cambiárselos por ejemplares correctos.

⁴⁶ Editorial de *Los Pensadores*, N° 55, 24 de abril de 1923.

mático que, así adquirida, [la cultura] es mas ornamental que útil”⁴⁷. Esta descripción puede adaptarse a algunas publicaciones de Los Pensadores cuya intencionalidad editorial parece ser, de a ratos, más la de abarcar la totalidad de la cultura “necesaria” incorporándola con rapidez, inyectándola aunque más no sea de forma epidérmica.

Sin embargo, y si tomamos en cuenta la gravitación que la editorial *Claridad* va a tener posteriormente en el mundo editorial, también es posible sostener que Los Pensadores constituyó una iniciativa efectiva, innovadora y sumamente significativa para un número importante de personas pertenecientes a los sectores populares, que encontraron en sus publicaciones una vía de acceso al mundo de la cultura letrada y al universo de las ideas de izquierda en Argentina. Se imponen, entonces algunas preguntas: ¿qué influencia han tenidos las traducciones difundidas desde sus páginas en la recepción de autores y tradiciones de pensamiento extranjeros en la Argentina? ¿Se trató de autores siempre necesariamente consagrados entre el público nacional o se llevaron a cabo operaciones de instalación de determinados nombres aún ausentes en la cultura letrada argentina de ese entonces? ¿cuánta injerencia tuvo en términos reales la dirigencia partidaria socialista en la selección e incluso la impugnación de determinados textos? Estos son sólo algunos posibles interrogantes que podrían orientar futuros abordajes. En este sentido, la colección Los Pensadores representa, sin lugar a dudas, un valioso insumo para los estudios que tomen como objeto los procesos de difusión de la cultura letrada durante las primeras décadas del siglo XX, así como también aquellos vinculados con la recepción de ideas durante esta etapa formativa de nuestro campo intelectual y de la cultura de izquierdas en Argentina.

Fuentes:

Los Pensadores, números 1 al 100, Editorial Claridad.

Bibliografía:

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Ariel, Buenos Aires, 1997.

⁴⁷ Romero y Gutierrez, op. cit, p. 98.

Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina*, Planeta, Buenos Aires, 2009.

Barrancos, Dora, *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores, 1980-1930*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1996.

de Diego, José Luis (director), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014.

de Diego, José Luis, “Políticas editoriales y políticas de lectura” en *Anales de la educación común, Tercer Siglo*, Año 3, julio de 2007. Disponible en versión digital en: http://servicios.abc.gov.ar/lainstitucion/revistacomponents/revista/archivos/anales/numero06/archivosparaimprimir/6_dediego_st.pdf

de la Torre Oliveira, Rodrigo, *Públicos leitores en formação: popularização das coleções de livros na Argentina (1901-1924)*, Disertación presentada al Programa de Post Graduación en Historia Social del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo, para obtener el título de Magíster en Historia, disponible en <http://es.scribd.com/doc/29542683/15/Cooperativa-Editorial-Claridad>.

de Sagastizábal, Leandro, *La edición de libros en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1995.

Degiovanni, Fernando, *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2007.

Devoto, Fernando y Madero, Marta, *Historia de la vida privada en la Argentina*, Taurus, Buenos Aires, 1999.

Ferreira de Cassone, Florencia, *Claridad y el internacionalismo americano*, Claridad, Buenos Aires, 1998.

Ferreira de Cassone, Florencia, *Editorial Claridad. Una revolución en los espíritus*. Ponencia presentada en las “Jornadas sobre la Historia de las Políticas Editoriales en la Argentina”, 2 y 3 de julio de 2015, Buenos Aires, Museo del Libro y de la Lengua. <http://museo.bn.gov.ar/media/page/florencia-ferrerira.pdf>

Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

Hermida, Carola, “Coleccionar para educar. Acerca de *La Cultura Argentina (1915-1928)*”, en *Estudios de Teoría Literaria, Revista Digi-*

tal, Año 1, N° 2, 2012, Facultad de Humanidades-UNMdP. Disponible en versión digital en: <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/134>

Montaldo, Graciela, “La literatura como pedagogía, el escritor como modelo. Cooperativa Editorial Claridad: proyecto cultural y empresa comercial”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 445, julio de 1987, pp. 41-64.

Muñoz, Marisa Alejandra, “José Ingenieros y *La historia de una biblioteca*”, en *CUYO, Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, N° 15, año 1998, pp. 203-213. Disponible en versión digital: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1611/munozcuyo15.pdf

Pierini, Margarita, “Los autores de *La Novela Semanal*, cruces y tensiones en la ampliación del campo literario”, en Pierini, Margarita; Campodónico, Horacio; Cilento, Laura; Grillo, María Victoria; Labeur, Paula, *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004.

Rivera, Jorge B., “La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos”, en AA.VV., *Historia de la literatura argentina*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2007.

Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2004.

Terán, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires, 1986.

Todo es Historia, N° 172, septiembre de 1981.